

MEDITACION XVIII.

DE LA INFANCIA DE JESUCRISTO HASTA LOS DOCE AÑOS.

(Luc. II, 39-41).

El Espíritu Santo ninguna otra cosa nos enseña de la vida privada, escondida y humilde de Jesucristo sino que: 1.º se crió en Nazaret; 2.º que allí crecía y se fortificaba estando lleno de sabiduría; 3.º que asistía á los ejercicios públicos de la religion. Meditemos con atencion y con fruto verdades tan preciosas.

PUNTO I.

El niño Jesús se cria en Nazaret.

«Y se volvieron á la Galilea, á su ciudad de Nazaret...» ¡Qué gran ocasion de humillacion fue para Jesucristo el habitar en esta ciudad.

Lo 1.º *Le acarreó continuos desprecios...* Nazaret era un lugar despreciado por sí mismo, y por estar en la provincia de Galilea: esta ciudad parecia que comunicase su bajeza y su oscuridad á sus habitantes, y este mismo desprecio recayó en Jesucristo en muchas circunstancias de su vida... Jesucristo en todo nos predica la humildad, y nosotros por todo la huimos, y hacemos que todo sirva á la vanidad. ¿El lugar de nuestro nacimiento es de cualquiera consideracion? Luego nos hacemos un título para estimarnos, y para despreciar á los otros. ¿Hemos nacido en un lugar poco conocido y despreciado? Luego nos avergonzamos de nuestra patria, la abandonamos, y buscamos un teatro mas luminoso, sin temer siquiera los peligros á que nos expone nuestra vanidad. ¡Ah! dejémonos guiar de la Providencia, mantegámonos firmes en nuestro estado, y si nos es libre hacer alguna eleccion por gusto y por amor de Dios, antepongamos el mas oscuro y el mas humillante á los ojos de los hombres.

Lo 2.º *La demora de Jesucristo en Nazaret hizo nacer contra él prejuicios poco ventajosos*¹... El mas sincero acaso de sus discípulos, cuando oyó hablar de él como del Mesías, preguntó si de Nazaret podia salir alguna cosa buena. Esto es lo que pensaban los mismos galileos: pues ¿qué deberian pensar los habitantes de Judea, para quienes toda la Galilea era un objeto de desprecio?... Los prejuicios de los hombres sobre los lugares, sobre las provincias y sobre las naciones contienen una cierta injusticia y un absurdo ridi-

¹ Joan. I, 46.

culo... Soportemos esta injusticia siempre que se nos haga, no turbe la paz de nuestro corazon, y no nos impida caminar á la perfeccion.

Lo 3.º *La demora de Jesucristo en Nazaret le trajo insultos y ultrajes...* ¡Cuántas veces por befa fue llamado *Nazareno* y *Galileo*! El primer nombre fue puesto en el título que le pusieron sobre la cruz; y el segundo fue el nombre con que por desprecio lo nombraba el apóstata Juliano: se sirvieron tambien de estos nombres los Apóstoles y los cristianos; pero fue por respeto para sanar enfermos, y para echar los demonios... Deseemos ser humillados, despreciados é insultados con Jesucristo; para ser ensalzados, glorificados y coronados con él...

PUNTO II.

El niño Jesús crece en la casa paterna.

«El Niño crecía, y se fortificaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en él...»

Lo 1.º *Jesucristo crecía, y se fortificaba segun el cuerpo...* ¡Oh! era una victima que crecía para ser sacrificada á la gloria de su eterno Padre, y por nuestra salud: que se fortificaba para llevar el peso de nuestros pecados, y la pena debida por ellos; y nosotros crecemos y nos fortificamos para multiplicar nuestras culpas, sin pensar jamás en crecer para amar á Dios, y tomar fuerzas para servirlo... Jesús crecía en sabiduría: estaba de ella lleno, era la sabiduría misma, la sabiduría eterna de Dios; pero la manifestaba solo á proporcion del número de sus años para ser el modelo de todas las edades. Modelo que los padres deben incesantemente presentar á sus hijos. Jesucristo en Nazaret, desconocido en el humilde retiro de san José; pero que se distinguía con aquellos tratos de dulzura, de sumision, de docilidad y de prudencia que lo hacian amable á los ojos de Dios y de los hombres. Este es el espectáculo divino que les deben ofrecer.

Lo 2.º *Jesucristo crecía en la gracia...* «La gracia de Dios estaba en él...» Gracia exterior en la proporcion de su persona, que lo hacia, como dice el Profeta¹, *el mas bello entre los hijos de los hombres*. Se descubria en su semblante, en su compostura, en sus discursos, una modestia y una dignidad que arrebatában. Gracia interior de que él mismo era el origen y el principio: era el autor de la gracia, y venia á comunicarla; pero solo la manifestaba por grados. Los padres y las madres emplean sus atenciones en procu-

¹ Psalm. CXLIV, 3.

rar á sus hijos las gracias exteriores que los hacen mas amables á los ojos de los hombres: ¿y usan la misma diligencia para conservar y cultivar en ellos la gracia de Dios? ¡Ah! sucede frecuentemente que los hijos apenas han llegado á la edad de la razon ya han perdido la inocencia; y antes de haber salido de la infancia son ya grandes pecadores, y se hallan sumergidos en hábitos viciosos que vienen ordinariamente á hacerse mas fuertes con el tiempo.

PUNTO III.

El niño Jesús es llevado á los ejercicios públicos de religion.

«Y sus Padres iban todos los años á Jerusalem para el dia solemne de la Pascua...» La ley de Moisés ¹ ordenaba á todos los hombres y á todos los hijos varones el ir tres veces al año á Jerusalem á ofrecer sus votos y sacrificios al Señor; esto es, en la fiesta de Pentecostes, en la fiesta de los Tabernáculos, y en la grande solemnidad de la Pascua. Hay apariencia de que la santa Virgen y san José fuesen con el niño Jesús todos los dias señalados, aunque san Lucas solo hable aquí de la Pascua, con ocasion del hecho que quiere contarnos, acaecido en esta fiesta.

Lo 1.º *Consideremos la frecuencia con que Jesucristo era conducido á Jerusalem en las grandes solemnidades...* Si el temor de Arquelao, dice san Agustin, impedia á la santa Familia el habitar en aquella grande ciudad, el temor de Dios no le impedia el intervenir á solemnizar las grandes fiestas ². Es un deber esencial para los padres y las madres acostumar sus hijos á asistir con frecuencia y con modestia al santo sacrificio y á los otros oficios de la Iglesia, no solo empeñándolos con su ejemplo; sino llevándolos ellos mismos, y destilando en ellos aquel espíritu de respeto, de atencion y de oracion que exige la presencia de Jesucristo.

Lo 2.º *Observemos con qué espíritu iba Jesús al templo...* Iba á él con júbilo, estaba en él con respeto, y allí ofrecia con amor sus súplicas á Dios su Padre. Allí sobre todo celebraba la Pascua, mirándose á sí mismo como la verdadera Pascua que debía suceder á la antigua. Se ofrecia á su Padre como el verdadero cordero que bien presto debía ser sacrificado, y cumplir la figura de los sacrificios antiguos, y establecer uno nuevo, único y perpétuo... Es tambien obligacion de los padres instruir á sus hijos sobre la grandeza del sacrificio que la Iglesia ofrece y de las fiestas que celebra.

¹ Deut. xvi, 16. — ² De Concor. Evang. l. II, c. 20.

Lo 3.º *¿Con qué espíritu nosotros mismos asistimos al santo sacrificio, y celebramos las fiestas y las solemnidades de la Iglesia?... ¿No faltamos por ventura nosotros muchas veces á asistir al servicio divino, á las oraciones y á las instrucciones? ¡Oh, y cuántas veces nos dispensamos sin justo motivo, y de esta manera nos privamos de la comunión de los santos! Y si asistimos á las juntas de piedad, á la celebracion de los santos misterios, ¡ah, con qué aire de violencia, de impaciencia y de disipacion! Con una frecuencia puramente exterior y judáica, que justifica verdaderamente lo que dice el Apóstol, que no puede haber union entre Jesucristo y Belial, entre el espíritu de Dios y el espíritu del mundo.*

Peticion y coloquio.

¡Ay de mí! ¡Me he alejado de vuestra tierna piedad, ó divino Jesús mio! ¡He huido de vuestros ejemplos, ó precioso modelo de mis acciones! Á la medida que Vos crecíais en edad y en fuerza, hacíais ver vuestros progresos en la ciencia, en las luces, en la sabiduria y en la virtud; yo cada dia me avanzo en edad, y me alejo de vuestra divina sabiduria por seguir y gustar la vanidad del mundo: cuanto mas vivo, obro mas de insensato, ni pienso de dónde vengo, ni á dónde voy, ni al tiempo y uso que de él debo hacer, ni á la eternidad, y suerte que en ella me espera. ¡Oh sabiduria increada, escondida bajo los velos de la niñez, iluminadme y guiadme, haced que yo me vuelva niño por la humillacion, por la inocencia y por la docilidad á vuestras santas leyes. ¡Oh divino Jesús! por la santidad de vuestra santa niñez, perdonadme los desórdenes de la mia, y todos los pecados de los demás dias de mi vida. ¡Oh Niño adorable! creced, y crezca mi amor para con Vos, y fortifíquese incesantemente hasta el último de mis dias. Amen.

MEDITACION XIX.

JESÚS DE DOCE AÑOS PROPONE CUESTIONES Á LOS DOCTORES.

(Luc. ii, 42-50).

Tres circunstancias en este paso de la Escritura merecen nuestra atencion: 1.ª María y José pierden á Jesús; 2.ª lo hallan; 3.ª le hablan.

PUNTO I.

María y José pierden á Jesús.

«Y cuando llegó á la edad de doce años, habiendo ellos ido á Jerusalem, segun la costumbre de aquella solemnidad, pasados los

«días cuando se volvian se quedó en Jerusalem el niño Jesús, y no lo advirtieron sus Padres. Y pensando que estuviese con los compañeros, caminaron una jornada, y lo iban buscando entre los parientes y conocidos; y no habiéndolo encontrado, volvieron á Jerusalem á buscarlo...»

Primeramente, estas palabras nos enseñan la manera con que María y José perdieron á Jesús. No fue ciertamente por su culpa, sino por designio formal de la sabiduría de Dios. Si Jesús se quedó sin saberlo ellos en el templo de Jerusalem, su objeto era de una parte el preparar los judíos á reconocer en él una sabiduría sobrenatural y toda divina, y de otra el despertar en José y María la idea de su divinidad y de su independencia, y de hacer al uno y á la otra el modelo, el refugio y consuelo de las almas visitadas con internas desolaciones... Jesús algunas veces se esconde á las almas más favorecidas y fervorosas para instruir las y perfeccionar las, para que comprendan que las dulzuras sensibles de la devoción son dones de Dios, que no les son debidos, y para que den prueba de su fidelidad y de su amor, y se acostumbren á servir á Dios *por sí mismo, y no por sus dones*. Estas pruebas ni son ordinariamente largas ni frecuentes, y son siempre meritorias cuando de ellas se hace un santo uso; pero sucede muchas veces que nosotros perdemos las dulzuras de la presencia de Jesús por nuestra culpa, por nuestras imperfecciones, por nuestra disipación, y por nuestros pecados.

Lo 2.º *¿Cuál fue el dolor de María y de José por haber perdido á Jesús?* Hicieron una jornada entera de camino, sin tener alguna sospecha de la falta de su Hijo, creyendo que iria acompañado de algunos de los habitadores de Nazaret, parientes suyos, ó sus amigos, y que á la tarde lo encontrarían. Pero á la tarde, cuando se trató de juntarse por familias, y de reunirse para pasar la noche, Jesús no parece: comienzan á temer y á asustarse: preguntan por él, lo buscan, y ninguno lo ha visto. ¡Oh María y José! ¿Cuál fue entonces vuestra inquietud? ¿Cuál el exceso de vuestro dolor? ¿Cómo pasasteis aquella noche cruel? ¡Cuántos temores! ¡cuántas reflexiones! ¡cuántas quejas cada uno de vosotros no se dió á sí mismo! Ninguna cosa semejante á esta os hizo experimentar el furor de Herodes, y los peligros de Egipto. Entonces teníais con vosotros á Jesús, y ahora ya no lo teneis. ¡Oh Madre desolada! habeis perdido la luz divina, la vida de vuestra alma, aquel que Vos amais mil veces mas que á Vos misma; ¿dónde, pues, se halla? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Dónde buscarlo? ¿dónde encontrarlo?... Un alma que fal-

tándole Jesús no experimenta este tormento y estas agitaciones, no le ama. ¿En qué peligro se halla de no volverlo á encontrar? ¡Ay de mí! ¡Cuántas veces os he perdido, ó Jesús mio, sin experimentar ni sentir esta pena! ¡Cuánto tiempo he vivido sin Vos, y sin haber tenido esta inquietud! ¿Qué cosa hubiera sido de mí, si Vos mismo por vuestra divina bondad, no me hubiésteis buscado el primero?

Lo 3.º *¿Cuál fue el ardor de María y de José en buscar á Jesús?* Despues de haberlo buscado inútilmente toda la tarde, la siguiente mañana luego que vino el día se pusieron en camino, y volvieron á Jerusalem, informándose de él por todo el camino, sin poder tener noticia alguna; y no obstante toda su diligencia, llegaron ya tarde á Jerusalem: inmediatamente sin tomar reposo buscaron á Jesús; pero inútilmente tambien. El siguiente día hicieron por mucho tiempo nuevas diligencias para buscarlo, que igualmente fueron inútiles... Cuando se busca á Jesús es necesario buscarlo con ardor y con confianza. Este divino Salvador ve los movimientos y los deseos de nuestra alma, y sabe los momentos de calmarla y consolarla.

PUNTO II.

María y José hallan á Jesús.

«Y sucedió que despues de tres dias lo hallaron en el templo, que estaba sentado en medio de los doctores, y los escuchaba, y les preguntaba. Y todos los que lo oían quedaban atónitos por su sabiduría y respuestas...» María y José encuentran á Jesús: pero ¿despues de cuánto tiempo? ¿en qué lugar, y en qué circunstancia?

Lo 1.º *¿Despues de cuánto tiempo?*... El tercer día despues de haberlo perdido: como si hubiese querido Jesús con esto anunciarles el misterio de su Resurrección... No toca á nosotros regular el tiempo de las pruebas. Dios lo abrevia ó lo prolonga, segun las miras de su sabiduría, siempre relativas á nuestras necesidades y á nuestro espiritual aprovechamiento.

Lo 2.º *¿En qué lugar?* En el templo... Jesús se debe buscar, no en el tumulto ó en el gran mundo, sino en la iglesia, en la casa de Dios, y en el lugar de la oración... Sean las que se fuesen las luces y el talento de los que nos instruyen en la iglesia, es siempre la palabra de Dios la que allí se oye. Cuando nosotros asistimos á ella con este espíritu, siempre quedamos edificados; y muchas veces basta una palabra para conmover el corazón mas endurecido, y para restituir la serenidad al alma mas desolada, y hacerle recobrar el bien que ha perdido.

Lo 3.º *¿En qué circunstancia María y José encuentran á Jesús?...* En el tiempo de la instruccion pública, en que presenta á su ternura un espectáculo capaz de arrebatarnos de admiracion. Era uso antiguo en Jerusalem que los doctores se hallasen en ciertos dias en alguno de los atrios exteriores de la casa de Dios: aqui sentados en sillas elevadas formaban una especie de semicírculo, en cuyo centro habia un numeroso concurso de gente que escuchaba sus discursos: entre esta gente se hallaba Jesús. ¡Qué júbilo para María y José cuando descubrieron aquel Hijo amado, cuya ausencia les habia causado tanto dolor! ¡Qué bien recompensadas fueron del júbilo las fatigas, y cuánto se aumentó su consuelo al verlo servirse de la libertad concedida á todos en esta instruccion, para preguntar á los maestros y proponerles sus dudas! ¡Cuál fue su admiracion cuando lo oyeron proponer cuestiones sólidas, responder con claridad á las que le proponian, explicar los textos de la Escritura, declarar su verdadero sentido con propiedad y precision, y replicar á las respuestas de los doctores con un aire de modestia, y con una manera tan sublime, que quedaba arrebatada toda la asamblea! Este grande auditorio y los maestros en Israel quedaron igualmente sorprendidos de ver un niño de doce años unir á la amabilidad de su persona, á la dulzura de su voz y á la modestia de su edad tantas luces, tanta sabiduría y tanta erudicion. Todo el mundo queria ver este Niño prodigioso: cada uno se informaba de su nombre, de su familia, de su país y de su educacion. Al salir de la asamblea no se hablaba de otra cosa que de la maravilla de que todos habian sido testigos. ¿Cuáles debieron ser en esta ocasion los sentimientos de María y de José? Sabian el uno y la otra que Jesús era la sabiduría increada: todo lo que veian nada podia añadir á la idea que tenian de su persona; pero lo que los sorprendió, sin duda, fue verlo mostrarse así en sus primeros años á los hombres, cuando hasta entonces no habia hecho otra cosa que obedecerles, callar y estarse escondido... ¡Oh Jesús! doctor de nuestras almas, haced oír á mi corazon vuestra voz, que yo os escucharé: á Vos solo admiraré, y de Vos solo gustaré.

PUNTO III.

María y José hablan á Jesús.

«Y habiéndolo visto (sus Padres) se maravillaron. Y su Madre le «dijo: Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira que tu Padre y yo, «llenos de dolor, te andábamos buscando. Y él les dijo: ¿Por qué

«me buscábais vosotros? ¿No sabiais que en las cosas que tocan á «mi Padre debo yo ocuparme? Y ellos no comprendieron lo que les «habia dicho...»

Lo 1.º *Consideremos la queja de María...* Habiéndose acabado la instruccion pública, José y María se acercaron á Jesús. Parecia que fuese María la que tenia derecho de hablarle, como de hecho le enderezó sus palabras. Ella se dolió con una ternura respetuosa de su ausencia, de haberle escondido sus designios, y de haberlos dejado sumergidos en un mar de inquietudes... Si nosotros, en nuestras penas supiéramos llevar nuestros gemidos y nuestros lamentos únicamente á los piés de Jesucristo, encontraríamos en él el consuelo que no nos pueden dar aquellos con quienes frecuentemente nos desahogamos.

Lo 2.º *Observemos la respuesta de Jesús á María...* ¿Por qué afligidos y buscarme, le dijo? ¿No debiais vosotros juzgar que siendo Dios, como yo lo soy, y enviado por mi Padre para hacer su obra, debo atender á mi mision?... Esta es la primera palabra que el Evangelio nos refiere de Jesús... Esta palabra es la declaracion del misterio de la Encarnacion, del fin de este misterio, y de la consagracion de Jesús á la gloria de su Padre y á nuestra salvacion. Esta palabra es una instruccion para los hijos que Dios llama al servicio de los altares, para aquellos que ya están consagrados, y para los padres mismos, que deben reconocer sobre sus propios hijos el derecho de una paternidad superior á la suya... Esta palabra es una instruccion para todo cristiano, que debe frecuentemente decirse á sí mismo, y si fuese necesario tambien á los otros: estoy en este mundo para servir al Señor, para trabajar por mi eterna salvacion.

Lo 3.º *Meditemos como María y José se aquietaron con las palabras de Jesús...* La santa Virgen, hablando al divino Salvador habia nombrado á José su padre: pero Jesucristo, respondiendo al uno y á la otra les habla de su verdadero Padre, que es Dios: subleva su espíritu sobre lo que ellos ven en él, enseñándoles que debian ya acostumbrarse, aunque estuviese todavía, en cuánto hombre, en la infancia, á verlo obrar por los intereses de Dios su Padre. Es, pues, probable que María y José comprendiesen muy bien de qué padre hablaba Jesús; pero no comprendieron en particular cuáles fuesen las cosas que miraban al servicio del Padre celestial, en que debia ocuparse, ni cuándo, ni cómo debia emplearse. No le hicieron despues ninguna instancia ni otra pregunta, ni mostraron curiosidad de saber mas... Recibamos con respeto la palabra de Dios, aun cuan-

do no comprendamos todos los misterios que ella encierra. Conténdonos con las luces que Dios nos da, sin desear otras, que lejos de ser útiles á nuestra alma, le serian acaso dañosas, y practiquemos fielmente lo que ahora pide Dios de nosotros, sin querer penetrar un tiempo venidero, que esconde los designios de la Providencia, que debemos solo adorar.

Peticion y coloquio.

Haced ¡oh divino Jesús! que yo me aproveche de vuestras luces con sumision, que recoja vuestras gracias con fidelidad, que admire vuestra sabiduria con fruto; y si yo he tenido la desgracia de perderos, tenga á lo menos el júbilo de encontraros para siempre. Tendré sin cesar mis ojos fijos en Vos para ejecutar vuestras órdenes á la primera señal de vuestra voluntad; y cuando se tratare de vuestro servicio, nada me podrá dispensar de obedeceros, y de obedeceros hasta la muerte. Finalmente, hacéme de tal suerte dueño de mi espíritu y de mi corazon, que todo cuanto se encuentre en mí contribuya á vuestra gloria, y á la ejecucion de vuestra voluntad. Amen.

MEDITACION XX.

VIDA ESCONDIDA DE JESÚS DESDE LOS DOCE AÑOS HASTA LOS TREINTA.

(Luc. II, 51, 52).

Una piadosa curiosidad desearia una larga y exacta relacion de las palabras y de las acciones del Salvador hasta la edad en que comenzó á predicar públicamente su Evangelio; pero el Dios-Hombre que debia instruir el mundo con su doctrina, y salvarlo con el precio de su muerte, aunque para él hubiese llegado el tiempo de hablar y de sufrir, no ha querido hacer otra cosa en el principio, que edificarlo con el retiro de su vida escondida, y con el ejemplo de sus domésticas virtudes. Su santa Madre, que penetraba perfectamente sus designios, nada mas enseñó al sagrado Historiador que tuvo la suerte de recoger sus memorias, sino en dos palabras, que á su vuelta de Jerusalem en edad de doce años, «se fué con ellos: volvió á Nazaret, y estaba sujeto á ellos. Y su Madre conservaba todas estas cosas en su corazon. Y Jesús crecía en sabiduria, en edad y en gracia para con Dios y para con los hombres...»

Estas, aunque precisas palabras, si queremos internarnos en ellas nos enseñan: lo 1.º *cuál fue la humildad*; 2.º *la obediencia*; 3.º *el progreso*; 4.º *la duracion de la vida escondida de Jesucristo.*

PUNTO I.

Humildad de la vida escondida de Jesucristo.

Primeramente: *Su condicion en Nazaret...* Está reputado por hijo de un artesano, y él á ninguno desengaña: Jesús llama á José su padre, y José llama á Jesús su hijo.

Lo 2.º *Su casa...* Esta es de un artesano, y conveniente á su profesion; por consecuencia pobre, estrecha, desaviada, desproveida de muebles y de muchas cosas necesarias. El mismo juicio se puede hacer de sus vestidos y de su alimento.

Lo 3.º *Sus ocupaciones...* Estas eran conformes á la condicion de aquel que estaba reputado por su padre: sus manos divinas, que sustentan el cielo y la tierra, se empleaban en las necesidades de los hombres con trabajos penosos y obras puramente mecánicas... ¡Oh Dios! ¡oh Sabiduria increada! ¿Podiais darnos una leccion mas sorprendente de humildad? ¿Cómo, pues ¡oh divino Jesús! siendo nosotros vuestros discípulos podemos aun dejarnos dominar del orgullo y de la vanidad? ¿Y por qué andamos aun en busca de la gloria y del lustre, deseando siempre parecer mas de lo que somos? ¿Y por qué nos estimamos superiores á nuestro estado y á nuestra condicion?

PUNTO II.

La obediencia de la vida escondida de Jesús.

¿Qué cosa hizo Jesucristo desde los doce hasta los treinta años? El Evangelio nos lo enseña en una sola palabra: *estaba sujeto á ellos.* Estaba sujeto á José y á María, hacia cuanto estos le mandaban. ¿No es esto justamente lo que Dios pide de nosotros? La obediencia sola debe establecer el precio de todas nuestras operaciones, no dejándonos el ejemplo de Jesucristo algun pretexto de dispensa, principalmente si nosotros la pedimos. Consideremos:

Lo 1.º *¿Quién es el que obedece?* Es el Hijo único de Dios, la Sabiduria eterna, el Criador y Señor del mundo, el Salvador de los hombres.

Lo 2.º *¿Á quién obedece?* Á sus propias criaturas, á un hombre y á una mujer, á aquellos á quienes él sobrepuja infinitamente, y sin el mas mínimo grado de igualdad, en grandeza, en sabiduria y en poder.

Lo 3.º *¿En qué obedece?* En las cosas mas simples, mas viles y

mas penosas, como son aquellas que ocurren en la casa de un artesano.

Lo 4.º *¿Cómo obedece?* Mirando la voluntad de María y de José como la voluntad misma de Dios su Padre, animando interiormente su obediencia con el amor, con el respeto y con la sumisión de su corazón, y haciéndola edificante en lo exterior con la prontitud y exactitud de la operación.

Lo 5.º *¿Por qué obedece?* Por reparar la gloria de su Padre ofendido con la desobediencia de nuestros primeros padres, para darnos ejemplo con que podamos volver á entrar en el camino de la sumisión que debemos á Dios, y obedeciendo á los hombres por amor suyo, y por ensalzar el mérito de nuestra obediencia, y consagrarlo en su persona... ¡Qué importante lección! ¡qué ejemplo! ¡qué modelo!... Obedezcamos á nuestros superiores, como Jesucristo obedecía á José y á María: mandemos á nuestros inferiores, como José y María mandaban á Jesús.

PUNTO III.

Los progresos de la vida escondida de Jesús.

Á medida de lo que crecía en edad, lo veían conciliarse las complacencias de Dios su Padre con la plenitud de la sabiduría delante de los hombres; con los dones de la gracia delante de Dios, y con la práctica de las obligaciones más comunes.

Lo 1.º *Jesús crecía en sabiduría delante de los hombres, á la medida que se avanzaba en edad;* esto es, hacia comparecer proporcionada á su edad la sabiduría, como el sol, que aun cuando siempre igualmente luminoso en sí mismo, resplandece no obstante, y nos ilumina más, á medida de lo que se eleva sobre nuestro horizonte: así Jesucristo, el sol verdadero de justicia, pero escondido bajo la figura de un niño, enviaba más lejos sus rayos, hacia parecer más viva y más resplandeciente la grandeza de su sabiduría y de sus virtudes, según los diversos grados de su fuerza y de su edad... Modelo divino, que continuamente se debe proponer á la juventud, para que con Jesucristo crezca en edad, y al mismo tiempo en sabiduría.

Lo 2.º *Jesús crecía en gracia delante de Dios;* esto es, las virtudes que en él comparecieron eran sinceras y verdaderas á los ojos de Dios... *¿De qué sirve regular nuestro exterior y tenerlo compuesto delante los hombres, si crecen y se multiplican sin fin nuestros pecados delante de Dios, y solo tenemos virtudes aparentes, fingidas é hipócritas?*

Lo 3.º *Jesús crecía en sabiduría y en gracia con la práctica de las obligaciones más comunes...* Nuestro adelantamiento no depende de la naturaleza de nuestras operaciones, sino del espíritu interior que las anima. No nos lamentemos de no hallarnos en estado de hacer grandes cosas por Dios: Jesús nos da el ejemplo de una santidad conforme á nuestra capacidad; y que por escondida, es más segura y más preciosa: pensemos solamente, caminando á nuestro término, en no decir jamás *basta...*

PUNTO IV.

La duración de la vida escondida de Jesucristo. (Luc. III, 23).

Jesús tenía cerca de treinta años cuando comenzó á mostrarse en público... *¿Por qué Jesucristo debiendo estar treinta y tres años sobre la tierra, pasa los treinta en una vida escondida y oscura, y solo emplea tres en las funciones públicas de su misión?*

Lo 1.º *Por conformarse al uso de los judíos,* según el cual ninguno entraba en las funciones públicas antes de la edad de treinta años... Si todos estuvieran animados del espíritu de Jesucristo, más raramente se pedirían dispensas de la edad.

Lo 2.º *Para hacernos comprender las ventajas de la vida escondida y hacérsela amable...* Cuando se trata de enseñarnos á hacer grandes cosas, y aun á padecer y sufrir mucho á los ojos del público, testigo y admirador de nuestras acciones, se puede decir que la gracia, y aun que la naturaleza nos sostengan sin trabajo; pero para hacernos agradable alguna vez una vida oscura y un retiro desconocido, principalmente si estamos adornados de grandes talentos y de singulares cualidades, era necesario un modelo divino... ¡Ay de mí! Treinta años de la vida de Jesucristo pasados en este estado ¿no bastan aun para contener el ardor de nuestro amor propio, enmascarado frecuentemente con el nombre de celo; para hacernos gustar las virtudes opuestas á nuestro orgullo, á nuestra vanidad y á nuestra ambición; esto es, la humildad, el abatimiento y el desapego de las cosas del mundo?

Lo 3.º *Para enseñar á aquellos que se quieren dedicar al ministerio evangélico á no encargarse de un empleo tan divino, sin haberse ejercitado primero algunos años en las virtudes sólidas y escondidas, y sin haber domado el orgullo y el amor propio, que fácilmente se visten de la apariencia de la piedad, del fervor y de la caridad, y que regularmente no buscan otra cosa que la propia satisfacción en el esplendor de las funciones apostólicas.*

Petición y coloquio.

¡Oh Divino Jesús! que creciste, ó por mejor decir, que parecía que crecías en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres. ¡Ay de mí! ¡cuán diverso ha sido hasta ahora mi proceder! Al paso que he crecido en los años, he crecido en malicia: al paso que Vos multiplicásteis mis días, y en mí vuestros beneficios, yo he multiplicado mis pecados y mis ingratitudes. Mi cuerpo, mi espíritu, mi corazón, mis sustancias, mi salud y mis talentos, todos estos beneficios y estos bienes en mis manos han sido instrumentos de iniquidad. Hacedme la gracia ¡oh Señor! de que por lo menos en adelante sean instrumentos de justicia y de penitencia. ¡Oh María! que tan de cerca imitásteis los ejemplos de vuestro Hijo, y con tanta atención conservásteis en vuestro corazón sus palabras, alcanzadme la gracia de poderlo imitar como Vos. ¡Oh José! que tuvisteis la dicha de acabar vuestros días en el ejercicio de las más sublimes virtudes, y de morir lleno de méritos entre los brazos de Jesús y de María. ¡Oh poderoso protector de las almas interiores y de los fieles agonizantes! obtenedme una vida y una muerte semejante á la vuestra. Amen.

MEDITACION XXI.

PRINCIPIO DE LA PREDICACION EVANGÉLICA DE SAN JUAN BAUTISTA.

(Matth. iii, 1, 2, 3; Marc. i, 1-4; Luc. iii, 3, 4).

El principio de la predicación de san Juan Bautista es el principio del Evangelio de Jesucristo, como dice san Marcos: «Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios... Juan estaba en el desierto bautizando y predicando el bautismo de la penitencia para el perdón de los pecados...» El bautismo que daba san Juan era una cierta prenda ó empeño que el bautizado tomaba sobre sí para hacer penitencia y disponerse á recibir el perdón de los pecados; pero con dar el santo Precursor su bautismo, anunciaba otro más perfecto que efectivamente los debía perdonar; decía: «Haced penitencia, porque se ha acercado el reino de los cielos...» Con estas expresiones anunciaba la venida del Mesías, Hijo de Dios, que venía á predicar el Evangelio, á fundar su Iglesia, á formarse un nuevo pueblo, á reconciliar los hombres con Dios, y á hacerlo reinar en sus corazones. Nosotros hallaremos aquí: lo 1.º motivos para fortificarnos en la fe; lo 2.º motivos para humillarnos examinando nuestra conducta.

PUNTO I.

Motivos para fortificarnos en la fe.

Primer motivo: *Los hechos evangélicos probados con su data y con su publicidad...* El Cristianismo no es una religion de sistema filosófico: está fundado sobre hechos históricos; manera de instruir los hombres la más digna de la grandeza de Dios, y la más conveniente á nuestra debilidad y flaqueza. La religion cristiana no es una de aquellas tradiciones populares que no tienen origen ó que se pierden en una desconocida y fabulosa antigüedad; y menos una de aquellas fábulas paganas ó mahometanas que no han tenido testigos, y de que no se encuentran testimonios. La religion cristiana ha tenido un principio, y se nos muestra con una data y con unos testimonios los más grandes, los más esclarecidos y los más universales.

Veamos como san Lucas señala la época: «Mas el año décimo-quinto del imperio de Tiberio César, siendo procurador de la Judea Poncio Pilato, y Herodes¹ tetrarca de la Galilea, y Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la Traconítide, y Lisania tetrarca de Abilena, bajo los pontífices Anás y Caifás², el Señor habló á Juan, hijo de Zacarías, en el desierto; y él vino, y corrió por todo el país en las regiones del Jordán, predicando el bautismo de la penitencia para el perdón de los pecados...» En esta data se ven señalados los tiempos, los lugares y las personas con la mayor claridad. La predicación evangélica, pues, empezó bajo los primeros Césares, y bajo de ellos se obraron todos los hechos evangélicos sobre que está fundado el Cristianismo: en un siglo el más iluminado y mejor conocido; en la Judea á la vista de un gobernador romano, y por decirlo así, bajo los ojos de los emperadores y de todo el imperio romano, y por consiguiente bajo los ojos de todo el mundo entero; ¿se puede desear una prueba más auténtica y más pública?... ¿Y podrán por ventura pocas palabras de bafa, de burla y de desprecio destruir unos hechos de esta naturaleza, y que llevan un carácter tan sensible de grandeza y de verdad?

¹ Este Herodes fue hijo del otro que hizo morir á los Niños inocentes, y el mismo que mandó degollar á san Juan Bautista, y á quien envió Pilatos á Nuestro Señor. Algunas veces es llamado rey; pero hablando con propiedad no era más que tetrarca; esto es, soberano de una cuarta parte del país.

² Había entonces dos Pontífices, que alternativamente ejercitaban el pontificado, ó cada uno en su año.

Segundo motivo de fortificar nuestra fe : *Los hechos evangélicos probados por su uniformidad con los libros proféticos.*

Los libros proféticos ni son supuestos, ni han sido alterados por los cristianos, porque son mucho mas antiguos que el mismo Cristianismo ; y por una admirable providencia se hallan en las manos de los judíos, enemigos declarados del nombre cristiano. Los libros proféticos son divinos, habiendo anunciado con tan particulares circunstancias y con tanta certidumbre los hechos, que solo debian suceder muchos siglos despues de la prediccion. Finalmente, los hechos evangélicos son divinos, y la religion cristiana fundada sobre ellos es divina. Las profecias empezaron á cumplirse desde el principio de la predicacion evangélica, como nos hacen observar atentamente los cuatro Evangelistas... «San Juan aparece en las riberas del Jordan, conforme está escrito en el libro de los sermones de Isaías profeta. Voz de uno que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas... así como está escrito en el profeta Isaías : Mira que yo envio delante de tí mi Ángel, que preparará tu camino...» Desde el primer paso el Evangelio se halla conforme á la profecía, y desde este primer paso quedan abatidos todos los engañadores que en diversos tiempos han ido apareciendo en el mundo. Á ninguno de ellos precedió aquella voz que grita en el desierto : ni ellos, ni los falsos dogmas que han publicado han tenido jamás algun principio cierto, algun apoyo sólido, ni concatenacion alguna ; y están muy léjos de subir hasta el primer origen del mundo, como la verdadera Religion... Á solo Dios pertenece poner en sus obras esta íntima conexion que enlaza todas las partes desde la creacion de los siglos hasta su consumacion.

Bendita sea para siempre ¡oh Dios mio! vuestra inefable sabiduría que ha puesto una union tan admirable éntre vuestros dos Testamentos, y los ha sellado con el sello inviolable de vuestra divina autoridad. Vos solo ¡oh gran Dios! sois el Dueño de los tiempos y de los acacimientos : Vos solo podeis decir tan anticipadamente lo que debe suceder, y hacer que suceda lo que habeis predicho. Á esto no llega ni puede llegar la prudencia ó la malicia humana : aquí se deja sentir la majestad y el poder de vuestra palabra, que ni los demonios ni los hombres podrán falsificar jamás.

Tercer motivo para asegurarnos en la fe : *Los hechos evangélicos probados por su importancia y por la fe que siempre se les ha dado.*

Hay y ha habido algunos hechos que fácilmente se han podido creer, porque no eran de alguna consecuencia, y no debian traer

consigo algun cambio, y por eso los hombres no han tenido empeño ó interés particular en examinarlos, en admitirlos ó reprobarlos. Llamo hechos importantes aquellos que los hombres no han podido creer sin mudar del todo las ideas y manera de pensar, y sin renunciar á un culto en que se habian criado por abrazar uno nuevo, reformando las propias costumbres, combatiendo las propias inclinaciones, y exponiéndose á perder la reputacion, la honra, los bienes, el reposo y la misma vida. Tales son los hechos evangélicos : estos se han creído en todo el mundo : se creyeron desde el principio ; y si no se hubieran creído al principio no hubiera llegado su fe hasta nosotros. Si se creyeron al principio, son verdaderos, porque no hubieran podido los hombres creerlos sin examinarlos y asegurarse bien, por motivo de su gravedad é importancia, y de las consecuencias que debian llevar consigo ; y tambien porque examinándolos no han podido errar por su gran luz, por su autenticidad y por su notoria verdad. Yo los creo ¡oh Dios mio! y recibo con una perfecta creencia vuestro Evangelio : Evangelio que quiero meditar y practicar con firme esperanza de encontrar el perdon de mis pecados y la recompensa eterna que en él se me promete.

Cuarto y último motivo de afianzarnos en la fe : *Los hechos evangélicos probados con la santidad de aquellos que los anunciaron y de aquellos que los han creído.*

¿Quiénes son los primeros predicadores, los primeros históricos, los primeros que siguieron el Evangelio, y los primeros pastores que nos lo han ido enviando sucesivamente de mano en mano de padres á hijos? Santos eminentes en todo género de virtud, hombres que se alimentaban de la penitencia, criados en la soledad de los desiertos, mandados y autorizados por Dios, llenos de su espíritu, y dotados de los mas preciosos dones del cielo y aun del don de hacer milagros. ¿Quiénes son los apóstoles que nos envía por delante la nueva filosofía? Filósofos llenos de sí mismos, que únicamente atienden á conseguir gloria, siempre en guerra entre sí por disputarse la gloria y la estimacion de los hombres ; copleros, versificadores y fabricantes de romances, de bufonías, de comedias ; autores llenos de licencia, de obscenidad ; moralistas que no buscan ni predicar otra cosa que los placeres y la delectacion de los sentidos. Estos son los que saliendo, no del desierto, sino de los teatros, de los lugares de impudicia, se nos presentan para abrirnos los ojos y advertirnos que el Cristianismo es un puro prejuicio y un fanatismo. ¡Oh Dios mio! ¡á qué tiempos hemos llegado! ¡cuán grande es hoy

la ceguera de los hombres! Se leen libros que nuestros padres hubieran despreciado con horror: se escuchan como doctores iluminados unos hombres que ellos hubieran juzgado dignos de desprecio. ¡Funesta docilidad! ¡ojalá que la nuestra á nuestra fe se fuera como la que los mundanos dan á sus patriarcas y á sus filósofos!

PUNTO II.

Motivos de humillarnos examinando nuestra conducta.

Cuatro nos presenta el Evangelio: el 1.º *la penitencia que nos pedía san Juan*. Y á la verdad, ¿qué penitencia hacemos nosotros? ¿Qué proporción ponemos entre nuestros pecados y nuestra penitencia? ¿Cuál es nuestra frecuencia en recibir el Sacramento de nuestra reconciliación? ¿Cómo nos preparamos para recibirlo? ¿Qué fruto sacamos? ¿Cómo practicamos las penitencias que nos impone la Iglesia de ayunos, de vigias y de abstinencias? ¿Cómo aceptamos aquellas que nos envia Dios de cruces, de trabajos, de aflicciones y de incomodidades? ¡Ah! pensemos que el fruto de la penitencia es el perdón de los pecados. Comprendamos bien una vez el precio de este favor. Los réprobos lo conocen; pero para ellos ya no hay perdón.

El 2.º *La cercanía del reino de Dios que san Juan nos anuncia*. Decia: «Haced penitencia, porque el reino de Dios está vecino...» El reino de los cielos de la Iglesia militante ha llegado ya para nosotros; nosotros somos sus miembros, y por decirlo así, los súbditos natos de este reino; pero el reino de los cielos de la Iglesia triunfante se acerca. No está lejos el momento que debe decidir si seremos admitidos en este reino ó excluidos de él. Ya por ventura estamos cerca. Veamos, pues, si estamos dispuestos, ó por lo menos si nos preparamos. ¿Ignoramos acaso que puede venir cada hora, y que vendrá cuando menos lo pensemos, y cuando menos lo esperemos?

El 3.º *El camino del Señor que san Juan nos advierte que preparemos*. «Sé sentirá, dice, la voz del que clama en el desierto: pre-
«parad el camino del Señor, enderezad sus sendas...» Así como se prepara el camino por donde ha de pasar un rey ó un poderoso personaje del siglo, así bajo de esta alegoría nos ordena el Profeta que preparemos el camino del Señor. Es necesario que primero se llenen todos los valles. Estos valles son la figura de nuestra vida, vacía de buenas obras, y de las faltas que cometemos en el cumplimiento de

nuestras obligaciones para con Dios y para con el prójimo. Empleemos útilmente nuestro tiempo, y cumplamos exactamente nuestras obligaciones, así las que nos impone la Religión como las que lleva de suyo nuestro estado: de esta manera habremos llenado los valles. Pero es también necesario *que todos los montes y los collados se abajen*; esto es, que se abata todo orgullo: orgullo de espíritu, orgullo de corazón, orgullo en el trato, en las pretensiones, en las conversaciones; y sobre todo es necesario abatir todo orgullo, todos los montes y todos los collados á los piés del ministro de la penitencia, y no disimular cosa alguna de cuantas nos pueden humillar.

También es necesario *que las sendas torcidas se enderecen*, y que todo el camino esté nivelado. Dios viene á nosotros cuando lo buscamos con una intención recta, cuando obramos solo por agradarle, y cuando le ofrecemos todas nuestras acciones: todo lo demás es dar vueltas, alejarnos de la línea recta, y torcer el camino: el que así camina, malgasta mucho tiempo, emplea en balde su fatiga, trabaja sin algun provecho; y antes de llegar al término se le hará de noche, y le saldrá al encuentro la muerte. Y en fin, es necesario *que toda desigualdad y aspereza se iguale y se allane*. ¡Oh, cuántas desigualdades hay en nuestro espíritu, en nuestra conducta y aun en nuestras mismas devociones! ¡Cuánta aspereza, cuánta dureza y cuánta dificultad en nuestro trato, en nuestras palabras y aun en nuestro celo! Allanemos y corrijamos estas faltas si queremos preparar el camino del Señor para que pueda venir á nosotros.

El 4.º y último: *La vista del Salvador que san Juan anuncia á todos los hombres*. «Y verá todo hombre la salud de Dios.» El Salvador enviado por Dios ha venido para todos los hombres, á todos ha sido anunciado, y sin embargo no todos lo han recibido, ni lo han reconocido, ni lo han seguido; pero vendrá un día en que todos lo verán como Juez. ¡Ay de aquellos que no habrán querido verlo como Salvador!... ¿Cómo lo vemos nosotros? ¿Con qué docilidad recibimos su ley? ¿Con qué sumisión obedecemos á su Iglesia? ¿Con qué fe lo adoramos en su augustísimo Sacramento y en el divino sacrificio? ¿Con qué deseos y con qué pureza lo recibimos? ¿Con qué amor reconocemos sus beneficios, y con qué ardor esperamos sus promesas?

Petición y coloquio.

Enderezad Vos mismo, Señor, mi corazón, hacedlo mas atento